

DE BUENAS LETRAS

JOSÉ ANTONIO CORDÓN

De la Academia de Buenas Letras de Granada

La palabra indestructible

Durante décadas, la figura de Mijaíl Bulgákov se movió entre la penumbra y el desconcierto. Su legado, sin embargo, resulta imprescindible para describir esa cosmovisión cruel y enigmática que marcó el siglo: la lucha interminable entre el individuo y el poder, entre la creación y la máquina de la censura, entre la verdad perturbadora y la ideología que pretendía sofocarla. Su ironía, afilada como un bisturí, había revelado realidades imperdonables, pues el humor –insumiso y certero– desarma con más violencia que cualquier proyectil.

Por eso no sorprendía que su casa natal, en Kiev, apareciera manchada de pintura, ni que la placa con su rostro adquiriera un tono parecido al de la sangre coagulada. En su propia ciu-

dad, muchos lo acusaban de ser cómplice del imperialismo ruso que, paradójicamente, siempre combatió. En 2022, algunos activistas intentaron derribar su estatua como si quisieran ajustar cuentas con un fantasma inclemente.

Las hostilidades habían empezado un siglo antes. Tras la publicación de *Corazón de perro* en 1924, la crítica oficial lo había cubierto de insultos, tratándolo de «cerdo», «basura» y otros epítetos que pretendían reducir su genio a escombros morales. Lo llamaron a la Lubianka para interrogarlo; sus relatos desaparecieron de las revistas; le prohibieron representar sus obras. Sus amigos, atemorizados y esquivos, se apartaron. En 1929, exhausto, Bulgákov escribió la primera de sus súplicas a Stalin, rogándole que lo des-

terrara junto a su mujer. No obtuvo respuesta. Poco después, la policía irrumpió en su casa y confiscó sus diarios y el manuscrito que había escrito durante años con una mezcla de esperanza y resignación.

Así avanzó su vida hasta 1940, cuando murió de agotamiento y tristeza, consumido por la paranoia y la desafección.

Y, sin embargo, allí donde la censura quiso destruirlo, terminó por salvarlo. Bulgákov había quemado el manuscrito de *El maestro y Margarita* para evitar que cayera en manos de la policía, ignorando que esta ya lo había fotocopiado en su ausencia. El texto resurgió durante el deshielo de los sesenta, en los archivos de la OGPU, y vio por primera vez la luz en 1967, quince años después de la muerte del autócrata.

Se cumplía así la vieja intuición borgiana: aquel caudillo que ordenaba incendiar bibliotecas para impedir que una sola palabra ofendiera a su dios, no comprendía que la palabra, si es verdadera, siempre encuentra un modo de sobrevivir al fuego. Bulgákov también lo hizo. Su obra, hecha de cenizas y renacimiento, terminó volviéndose indestructible.